

# *La Muerte del Libertador*

Capitán Jaime Quintero Arias

El retazo de tierra donde se nace y aquel lugar en el cual hemos de exhalar el último suspiro, son casi siempre seleccionados por los destinos supremos y en cumplimiento de los designios sobrenaturales que dirigen y señalan los derroteros de la existencia humana.

Así, el 24 de julio del año de 1783 nace en Caracas el Libertador de cinco naciones, el héroe epónimo de América, Simón Bolívar Palacios, quien después de una trayectoria por la vida plena de grandezas y victorias, muere en Santa Marta, ya en el ocaso de sus glorias y en la amargura de su fracaso al intentar infructuosamente la unión de los partidos y la consolidación de su patria. Muere igualmente, antes de poder cumplir su deseo de viajar a Europa en busca de descanso para su alma y alivio a sus dolencias, o de pasar los últimos años de su existencia en la ciudad natal, que por ironías de la vida, se lo impedían sus propios coterráneos.

En esta forma no es equívoco aseverar que si Bolívar nace en Venezuela, en un acontecimiento ajeno a su voluntad, de la misma característica es su muerte, acaecida en Santa Marta, en una ciudad de tradición realista, atendido por un facultativo de nacionalidad francesa y bajo la hospitalidad de un español, cuyo gobierno, tanto había perseguido y combatido en los heroicos días de su existencia.

A más de las numerosas riquezas, de su noble abolengo y de los varios títulos honoríficos que rodean al Libertador al momento de su nacimiento, hereda de sus padres el morbo de la enfermedad que habría de llevarlo a la tumba 47 años más tarde; es la misma tuberculosis que conduce al sepulcro en el año de

1786 a su padre el Coronel Juan Vicente Bolívar y 7 años más tarde a Doña María de la Concepción Palacios, su progenitora. La maligna herencia permanece latente durante muchos años, y comienza a manifestarse en el año de 1828 por razón del excesivo desgaste del organismo y por el debilitamiento producido después de tantos años de aguerridas campañas y aumentada por la gran decepción que sentía por la situación reinante en el país de ese entonces.

Por esta época decía Bolívar: “Después de 17 años de combates inauditos y de revoluciones, ha venido a parir nuestra madre patria a una hermana más cruel que Megera, más parricida que Júpiter y más sanguinaria que Belona: Es la anarquía. La federación será el sepulcro de Colombia. Es una evidencia para mi la destrucción de Colombia, sino se da al gobierno una fuerza inmensa capaz de luchar contra la anarquía, que levantará mil cabezas sediciosas”.

En ese mismo año se presenta un hecho de suma gravedad no sólo por lo que en sí representaba contra la integridad física del caraqueño, sino por las repercusiones que sobrellevaba para su fuero interno y la incidencia que tuvo en su salud; se trata del atentado de que fue objeto en el Palacio de San Carlos la noche del 25 de septiembre de 1828, en insidiosa y criminal conspiración organizada y dirigida por sus mayores enemigos y combatientes de sus ideas.

Esa nefasta noche, el Libertador salva su vida al huir por uno de los ventanales del Palacio a insinuación de Manuela Sáenz; en ropa de dormir y descalzo, se esconde bajo el Puente del Carmen, donde permanece por más de cuatro horas, aterido de frío y hundido casi entre el fango del Río San Agustín. Salva su vida, pero desde ese momento se destroza su existencia para siempre. Después de la conspiración septembrina, Bolívar se llena de amargura y su salud decae visiblemente; la tisis se declara en forma abierta. Nos relata la historia que esta noche, mostraba un semblante pálido y melancólico y se encontraba afectado de una tos seca y permanente.

Días más tarde, el Libertador y la “Libertadora” se trasladan a vivir a la Quinta de Bolívar, donde la enfermedad continua su curso y es allí donde expresa estas palabras, refiriéndose a su enfermedad y al golpe moral recibido:

“No son las leyes de la naturaleza las que me han puesto en este estado, sino las penas que me roen el corazón. Mis conciudadanos que no pudieron matarme a puñaladas, tratan ahora de asesinar me moralmente con sus ingraticudes y calumnias. Cuando yo deje de existir esos demagogos se devorarán entre sí como lo hacen los lobos, y el edificio que construí con esfuerzos sobrehumanos, se desmoronará entre el fango de las revoluciones”.

El 28 de diciembre parte Bolívar hacia el Sur con el objeto de hacer frente a la amenaza de invasión del territorio colombiano por parte de las tropas peruanas, sin tener en cuenta su estado de salud, visiblemente afectado por una permanente tos que no lo abandona en ningún momento; en esta campaña tuvo dos graves enfermedades que lo pusieron en riesgo de morir. Permanece un mes en Popayán y continua luego a Quito donde comienza a quejarse de intensos dolores de cabeza, agravándose su estado de salud en Guayaquil entre los días 3 y 10 de agosto de 1829, debido a una excesiva e imprudente agitación y cae enfermo con lo que él llama: “Bilis negra”. Para su recuperación es llevado a la isla de Santay donde convalece por espacio de un mes, pasado el cual regresa a Popayán, permaneciendo allí hasta el 15 de diciembre.

Por estos días, el genio de América se muestra aparentemente restablecido, pero ya su salud se encuentra minada y su semblante tiene el sello de la vejez; aquél hombre tan activo e incansable, de una inquietud corporal especialísima, se fatiga fácilmente, su voz se ha apagado y una completa languidez ha reemplazado esa anterior vitalidad, que anuncia la próxima disolución del cuerpo.

En enero 15 de 1830 llega el Libertador a Bogotá y el día 20 instala el Congreso Constituyente (que ha sido llamado Congreso Admirable), ante el cual hace dejación de su cargo con las siguientes palabras: “Disponed de la Presidencia que respetuosamente abdicó en vuestras manos... colombianos, hoy he dejado de mandaros...”.

El Congreso pide a Bolívar que conserve el mando hasta la sanción de la nueva carta fundamental y hasta el nombramiento del nuevo magistrado, y éste accede. Sin embargo, su salud decae rápidamente y el 1º de marzo entrega el mando en

forma interina al General Domingo Caicedo, como Presidente del Consejo de Gobierno y se retira a su casa de campo situada en Fucha, en inmediaciones de Bogotá, en busca del descanso de la vida privada.

Concluida la discusión de la nueva Constitución, Bolívar comunica en forma oficial su propósito de ausentarse de Colombia y recomienda, por ser conveniente, se elija Presidente a Don Joaquín Mosquera, el cual es nombrado por la Asamblea el 4 de mayo.

El día 8 de ese mes de mayo, antes de iniciar su viaje en dirección al extranjero, una comisión de notables entrega al Libertador un documento con más de 2.000 firmas que dice: "En señaremos a nuestros hijos a pronunciar vuestro nombre con tiernas emociones de admiración y agradecimiento". Seguidamente se despide de los presentes, monta a caballo y parte para siempre de la capital neogranadina, escoltado por una Compañía de Tropas y algunos amigos.

El Congreso de Colombia rindió en esta ocasión homenaje al genio, por medio de un Decreto que considera entre otros puntos, el pago de una pensión vitalicia de \$ 30.000.00 pesos anuales, que al parecer no se le dieron nunca.

Esa noche duerme en Facatativá, sigue a Guaduas y llega a Honda (mayo 13), donde es recibido con mucho agasajo por parte del General Posada Gutiérrez; en todas las poblaciones de su tránsito se le rinden sinceros homenajes, y así en Mompós (mayo 20), se le recibe bajo palio y es llevado a la iglesia parroquial con especial pompa. El 24 de junio arriba a Cartagena donde se queda en la esperanza de que hubiera una reacción a su favor, o en caso contrario, reponerse un poco y partir luego a Jamaica o a Inglaterra; el 28 tiene conocimiento que algunas personas querían que fuese Jefe en Venezuela y hacían pronunciamientos por ello, motivo por el cual Bolívar hace desembarcar su equipaje que había sido llevado a bordo de un buque y decide permanecer en la ciudad heroica.

Días más tarde llega a Cartagena una comisión enviada por el General Urdaneta y el Cabildo de Bogotá, para invitarlo a viajar a la capital a fin de que tome de nuevo la Presidencia; el Libertador da entonces una proclama en la que avisa su pronto regreso, aunque privadamente le escribe a Urdaneta diciéndole

que no se decide a aceptar un mando que no tiene otros títulos que dos Actas de Concejos Municipales. El 20 de septiembre la junta dirigida por el General Mariano Montilla, vuelve a rogar a Bolívar que acepte el mando supremo, a lo que contesta que lo hará cuando se obtenga una mayoría absoluta que lo llame.

De Cartagena viaja a Soledad y de allí a Barranquilla en busca de mejores climas para su dolencia, y en ésta última permanece los meses de octubre y noviembre. En esta época su andar es lento, su hablar escaso y mantiene generalmente los ojos clavados en tierra; una tos tenue pero frecuente lo acompaña y todo el conjunto de su cuerpo, ofrece la impresión de un esqueleto que camina; Bolívar se encuentra convencido que no está muy enfermo y conserva la esperanza de alivio; como ello no ocurre, decide seguir a Santa Marta, a la cual se traslada por mar en un bergantín que le ofrece el español Joaquín de Mier, y a donde llega el 1º de diciembre; lo acompañan los generales Mariano Montilla, José María Carreño y Laurencio Silva, Don Manuel Pérez de Recuero, auditor de guerra, el Coronel José de la Cruz Paredes, sus edecanes Belford Wilson y Andrés Ibarra, el Comandante Juan Glen, el capitán de la Guardia Personal Lucas Meléndez, el Teniente José María Molina y su sobrino el Teniente Fernando Bolívar.

Allí en dicha ciudad es trasladado a una casa particular y se hace cargo de su enfermedad desde ese día hasta el de su muerte, el médico francés Alejandro Próspero Reverend llegado a Colombia en el año de 1824 y quien contaba en ese entonces 35 años de edad; el galeno se consagra a cuidar a su ilustre paciente con admirable devoción y consagración y expide durante la enfermedad, 33 boletines; al ser preguntado por el General Montilla, el más preocupado por la salud del genio, sobre la realidad de la enfermedad, el médico le contesta: "Señor General, con el más profundo sentimiento participo a VS. que la enfermedad del Libertador no tiene remedio, pues en mi concepto facultativo, la considero como tisis pulmonar llegada a su último grado y ésta no perdona".

El día 6 de diciembre se dispone el traslado de Bolívar a la Quinta del mismo señor Joaquín de Mier, en San Pedro Alejandrino, situada a corta distancia de Santa Marta, por poseer un mejor clima.

El 10 la enfermedad se agrava y el Doctor Reverend comunica que hay peligro de muerte, por lo cual es llevado el Obispo de la ciudad para que el moribundo atienda sus asuntos espirituales; en esa misma fecha se otorga el Testamento ante el Notario José Catalino Noguera, y en las horas de la noche, el cura de la aldea de Mamatoco, le administra los últimos sacramentos.

Terminado este acto religioso, el escribano notario en primer lugar, y luego el Auditor de Guerra, Manuel Recuero, dan lectura a la última proclama dirigida por Bolívar a los colombianos:

“Habéis presenciado mis esfuerzos para plantar la libertad donde antes reinaba la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado: Mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono.

“Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debeis trabajar por el bien inestimable de la Unión. Los pueblos obedeciendo al actual gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del santuario, dirigiendo sus oraciones al cielo y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales.

“Colombianos: Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”.

Lo ocurrido el día 17 de diciembre lo narra el Doctor Reverend en las siguientes palabras:

“Me senté en la cabecera teniendo en mis manos la cabeza del Libertador, quien no hablaba sino de un modo confuso. Sus facciones expresaban una completa serenidad, ningún dolor o señal de padecimiento se reflejaba en su noble rostro; cuando advertí que ya la respiración se ponía estentorosa, el pulso de trémulo casi insensible y que la muerte era casi inminente, me asomé a la puerta del aposento y llamando a los generales, edecanes

y los demás que componían el séquito de Bolívar: “Señores, —exclamé— si queréis presenciar los últimos momentos y el postrer aliento del Libertador, ya es tiempo. Inmediatamente fue rodeado el lecho del ilustre enfermo, y a pocos minutos exhaló su último suspiro SIMON BOLIVAR el ilustre campeón de la libertad sudamericana...”.

Tres cañonazos disparados desde la vieja fortaleza del Morro de Santa Marta, anunciaron al espacio que el genio de América había desaparecido.

#### BIBLIOGRAFIA

- 1) SIMON BOLIVAR - Alfonso Rumazo González.
- 2) ESTUDIOS SOBRE LA VIDA DE BOLIVAR - José Rafael Sañudo.
- 3) FLORILEGIO BOLIVARIANO - Elvia Gutiérrez Isaza.
- 4) CATEDRA BOLIVARIANA - Hno. Claudio Marcos.